

Había una vez una madre que tenía un hijo tan pequeño
que podía vivir dentro de una cáscara de nuez.
Lo llamaban Benjamino, que quiere decir
el más pequeño.



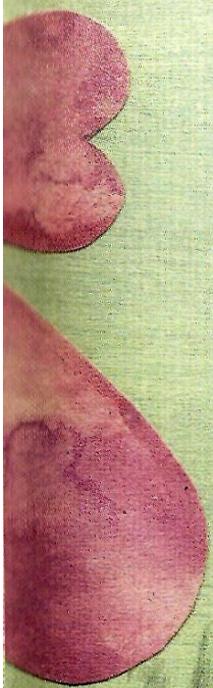


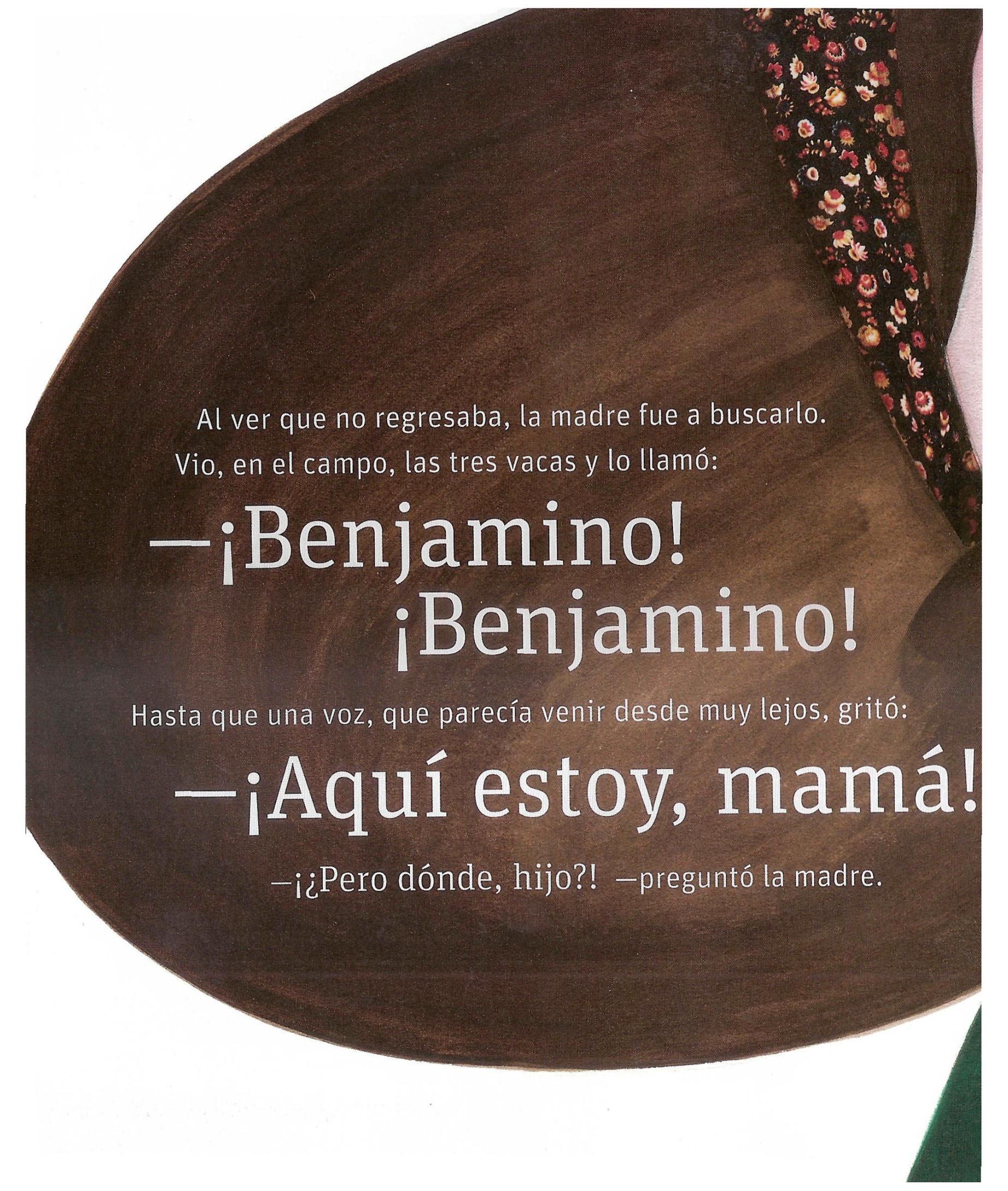


Cada día, la madre despertaba a Benjamino
y lo mandaba a cuidar las tres vacas que tenían:
la Blanca, la Negra y la Manchada.

Cierta vez, Benjamino llevó las vacas al campo, y comenzó a llover. Entonces, buscó reparo debajo de unos tréboles y se quedó dormido. Y la vaca Negra, comiendo las hojas de los tréboles, se comió también a Benjamino.







Al ver que no regresaba, la madre fue a buscarlo.
Vio, en el campo, las tres vacas y lo llamó:

— ¡Benjamino!
¡Benjamino!

Hasta que una voz, que parecía venir desde muy lejos, gritó:

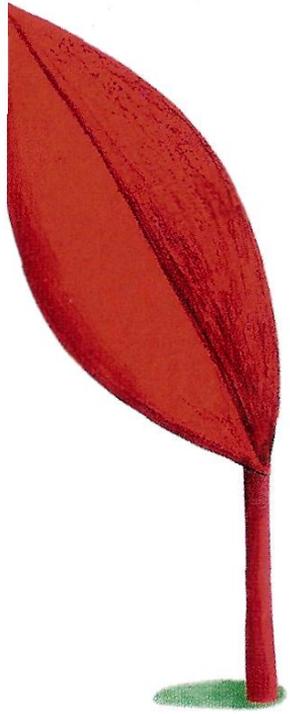
— ¡Aquí estoy, mamá!

— ¡¿Pero dónde, hijo?! —preguntó la madre.



— ¡Aquí! ¡En la panza de la Negra!





La madre juntó las vacas, las llevó al establo y les dio de comer, hasta que la vaca Negra hizo caca y Benjamino salió con ella. Después, mandó al hijo a lavarse en el arroyo.





Mientras Benjamino se limpiaba la caca, apareció el lobo. Benjamino pensó qué podía hacer para salvarse, hasta que se le ocurrió decir:

—No me comás, lobo. Yo te llevaré a un lugar donde hay leche, porque la leche es mucho más rica que yo.



